

OBITUARIO

JESÚS ANTONIO BEJARANO: UN DESTINO INCONCLUSO

El miércoles 15 de septiembre del presente año, a las 6:30 de la tarde, fue asesinado por oscuras fuerzas, en la Universidad Nacional de Colombia, el profesor Jesús Antonio Bejarano. Configurando un tétrico mensaje – pues a Bejarano, que andaba sin escoltas, lo hubieran podido matar en cualquier parte de la ciudad – el crimen se cometió a pocos pasos del salón de clases, en el Edificio de Postgraduados de Economía. Y como para que no hubiera dudas acerca del mensaje, le dispararon un tiro de gracia en la cabeza, por detrás, exactamente para destruir el cerebro del intelectual. Aunque constituye una víctima más en la interminable estadística de violencia que inunda de sangre a Colombia, la muerte de Bejarano representa una gran pérdida para el país en general y para la comunidad académica en particular.

Chucho, como todos le llamaban, había nacido en el poblado de El Salado, corregimiento que con el tiempo se convirtió en un barrio de Ibagué. Para la madre, una ama de casa, el nacimiento del niño significó un regalo de navidad, pues se produjo el 24 de diciembre de 1946. Por eso, lo bautizaron con el nombre de Jesús, al cual le agregaron el de Antonio, por el padre, quien desempeñaba el oficio de conductor. Era el segundo de una hogar de cinco hijos (dos hombres y tres mujeres). A los cuatro años de edad ingresó al kinder de doña Rosita Otálora, y luego a la Escuela Boyacá para cursar la primaria. Como estudiante de bachillerato transitó por los colegios Murillo Toro, Jorge Isaacs, Cooperativo y San Simón. En este último, cuando cursaba quinto de bachillerato, fue expulsado por causa de una huelga estudiantil. Para poder terminar el último año de la secundaria, el inquieto estudiante fue recibido en el Colegio Tolimense, regentado por sacerdotes, no si antes haberle advertido el padre rector que si bien podía tener libertad para sus ideas, estaba en cambio en la obligación de guardar el orden y la disciplina. De sus profesores de bachillerato recordaba a Narciso Viña y, en especial, a Víctor A. Bedoya, autor de un libro de poemas *Estampas del Trópico*, y de la *Etnolohía y conquista del Tolima y la hoya del Quindío*. Como estudiante parecía poner más atención a sus propias lecturas que a las materias del *pénsum*. Tempranamente se aficionó a la literatura y a la historia. Al mismo tiempo que se inclinaba por estas lecturas su vocación comenzaba a tomar cuerpo en el gusto por la escritura. Con el fruto de sus primeras letras participó en un concurso literario en el cual obtuvo el primer lugar y le dieron como premio *La náusea* de Jean Paul Sartre. A los 18 años publicó unos versos y un artículo sobre su expulsión del colegio San Simón. Un vivencia de su

infancia, repetida en la adolescencia y siempre recordada con afecto por él, eran las vacaciones que pasaba en las Juntas, caserío ubicado en el camino hacia el nevado del Tolima, donde su abuelo materno tenía una finca. Las vacaciones pasadas en este bucólico lugar se constituyeron para Bejarano en sus primeros y decisivos encuentros con la tierra nutricia, con la vida rural, con el universo agrario que le habría de signar para siempre y al cual le habría de dedicar, bajo diversas formas, sus mejores esfuerzos.

Para el joven estudiante, aficionado a la literatura y dotado de una inteligencia que lo distinguía del común, la terminación del bachillerato representó un éxito obvio, aunque matizado por una amarga experiencia: fue el único alumno, ciertamente el más pobre del curso, que no pudo viajar a la excursión de fin de año. A sus indeclinables deseos de iniciar los estudios universitarios, que en los años sesenta obligadamente debían adelantarse en Bogotá, se oponía la falta de recursos de una familia muy poco favorecida por la fortuna. Fue entonces cuando su madrina de bautizo, Emma Molina de Obando, le obsequió el dinero para el pasaje en bus y la inscripción en la Universidad Nacional; también le regaló una cobija para el frío de la capital. Habiendo sido admitido en la carrera de economía pudo iniciarla y llevarla a término contando con un cupo en las residencias estudiantiles, el apoyo que significaba la cafetería central y luego una beca del ICETEX.

En la universidad Bejarano conoció de cerca, por supuesto, las distintas tendencias ideológicas y políticas de la izquierda y los diversos grupos estudiantiles que las defendían, a menudo, con base en una militancia dogmática y sectaria; estudió los clásicos y las corrientes teóricas del marxismo; compartió la utopía de la revolución socialista; participó en ardorosas e interminables discusiones acerca del marxismo y su “aplicación a la realidad colombiana”, sobre el imperialismo y las relaciones de dependencia, sobre el carácter y las vías de la revolución; en fin, se nutrió de los autores, paradigmas, discursos y debates que embargaban las mentes estudiantiles de los años sesenta e inicios de los setenta; sin embargo, en el contexto de estas experiencias de la vida intelectual y política del mundo universitario de aquellos años, Bejarano supo siempre guardar, frente a ciertas militancias de partido, una distancia crítica y una independencia de pensamiento.

Para graduarse de economista Chucho escribió un trabajo de tesis que se convirtió en su primer libro: *El capital monopolista y la inversión norteamericana en Colombia* (Círculo Rojo Editores, Bogotá, 1972). Apoyándose en autores marxistas (C. Marx, V.I. Lenin, N. Bujarin, P. A. Baran, P.M. Sweezy, H. Magdoff, E. Mandel y otros), en estudios colombianos y fuentes estadísticas nacionales, abordaba los decenios de los años cincuenta y sesenta para demostrar la hipótesis según la cual, en dicho periodo, se había producido un desplazamiento de la inversión extranjera, del sector de las materias primas destinadas a la exportación (petróleo), hacia el sector industrial que producía para el mercado interno. Un aspecto, entre otros muchos, se enunciaba en el libro: la dimensión temporal de la investigación, vale decir, la perspectiva histórica (de historia inmediata) que asumía el autor en la

formulación y demostración de la hipótesis. Ello era una expresión de la inclinación hacia el enfoque histórico que el autor desde entonces empezaba a cultivar en la investigación y que pronto habría de rendir sus frutos.

Correspondiendo específicamente a la inquietud por la historia de Colombia, Bejarano integró, junto con Mario Arrubla y el autor de esta reseña, un grupo de estudios que durante más de dos años leyó una apreciable bibliografía que abarcaba desde la época del Descubrimiento y la Conquista hasta el siglo XX. Paralelamente a esta actividad de lectura, Chucho hizo parte de un equipo de billar y otro de fútbol. Todavía se recuerda que cuando se fundó el equipo de fútbol - por iniciativa de Arrubla-, al día siguiente Bejarano compró varios libros sobre teoría, método e historia de este deporte. Como en la cancha los jugadores no se entendían entre sí (hacían parte del equipo Arrubla, Chucho, Tomás Concha, Gabriel Restrepo, Abel López, Henry González, Néstor Katuna, Alvaro Carvajal, Gonzalo Villada, Bernardo Tovar y otros) el equipo se llamó "Babel" y contrastando con el ayuno de anotaciones en los partidos, los goles que con más frecuencia Chucho y los demás buscaban hacer era en los marcos teóricos de los interlocutores, en los momentos de debate. Por aquellos años comenzó su carrera docente como profesor de las universidades Incca, Libre y Tadeo Lozano, para vincularse luego de modo estable al Externado y a la Universidad Nacional (1976).

En el primer trimestre de 1974 apareció *Cuadernos Colombianos*, la revista fundada por Mario Arrubla, de la cual Bejarano era el redactor. En esta importante revista Bejarano publicó por entregas (Nos. 6,7 y 8, 1975) uno de sus mejores trabajos, el cual fue editado posteriormente con el título: *El régimen agrario de la economía exportadora a la economía industrial* (La Carreta, 1979). El tema central de reflexión era la transición de la economía colombiana, en los primeros decenios del siglo XX, de la fase preindustrial a la industrial. En primer lugar, abordaba las condiciones estructurales requeridas para la industrialización: la formación y ampliación del mercado interno, la presencia de una fuerza de trabajo en situación de integrarse al régimen de trabajo asalariado, la acumulación de capital dinero y una red nacional de transporte para la unificación del mercado interno. En segundo lugar, trataba el desfase entre la estructura del sector agrario y el proceso de industrialización y mostraba los problemas para la adecuación del primero a las necesidades del segundo. Por último, se ocupaba del curso concreto de la transición, según los hechos de la coyuntura histórica: los efectos de la gran depresión sobre el mercado de trabajo y las obras públicas, los conflictos agrarios de los años veinte y treinta, los reacomodos en las clases sociales, los partidos y el Estado. Con este trabajo el autor realizaba un notable aporte a la "nueva historia económica y social" de Colombia, que en los años setenta recibió un impulso ostensible.

En el campo de la investigación histórica, la gran preocupación de Bejarano era la historia económica de Colombia del siglo XX. Su trabajo de historiador giró entorno a esta centuria, en una perspectiva temporal cuyos interrogantes estable-

cían una relación analítica del pasado con la problemática contemporánea, con las cuestiones de actualidad y las expectativas e incertidumbres del inmediato futuro. Sus trabajos históricos constituyen en conjunto una interesante y sugestiva presentación del proceso económico global vivido por el país en este siglo, con un énfasis, empero, en el análisis del sector agrario. En esta óptica, además del libro mencionado, aparecieron en los años setenta un conjunto de ensayos entre los cuales destacan en una secuencia histórica los siguientes: "La economía", en el *Manual de historia de Colombia* (1976), que se ocupa de la historia económica de la primera mitad del siglo XX; "Industrialización y política económica 1950 - 1976", en *Colombia Hoy* (1978), que amplía la secuencia temporal anteriormente tratada; "La economía colombiana desde 1950", en J. A. Bejarano, *Ensayos de interpretación de la economía colombiana* (1978), que constituye un complemento del ensayo anterior. La síntesis histórica del siglo XX se enriquece con nuevos ensayos publicados en los años ochenta, entre los cuales cabe mencionar los siguientes: "El despegue cafetero (1900-1928)", en J. A. Ocampo (Ed.), *Historia económica de Colombia* (1988), obra que obtuvo el Premio Nacional de Ciencias Alejandro Angel Escobar (1988); siguen los cuatro capítulos que en conjunto abarcan la historia económica de 1922 a 1958, los cuales hacen parte de la *Nueva Historia de Colombia* (Planeta, 1989); completa la visión histórica anterior los ensayos reunidos en el libro *La economía colombiana en la década del setenta* (1984).

Un trabajo que se aparta de los propósitos de síntesis de historia económica nacional es la *Historia socioeconómica de Ambalema* (1982), escrita en colaboración con Orlando Pulido. El breve espacio destinado a esta reseña impide hacer un recuento de los numerosos trabajos que Bejarano escribió sobre la historia del sector agrario. No obstante, es necesario mencionar los *Ensayos de historia agraria colombiana* (1987), y en especial, un valioso libro, *Economía y poder* (1985), en el cual, a la vez que se ocupa del curso general de la actividad económica nacional durante el extenso periodo comprendido entre 1871 y 1984, estudia el desarrollo del sector agropecuario y, de modo especial, sigue con detalle la historia de la Sociedad de Agricultores de Colombia, tema que constituye el objeto particular de la obra.

Otro campo en el cual realizó fundamentales portes fue en el de la historiografía. Aquí se preocupó por analizar los modos como había sido investigada y escrita la historia económica y social de Colombia, principalmente la de los siglos XIX y XX. Esto lo llevaba, naturalmente, a examinar los textos fundamentales de esta historia, a observar los problemas, preguntas, teorías, hipótesis, métodos, explicaciones, alcances y limitaciones de los historiadores y a proponer perspectivas de investigación. Entre sus trabajos historiográficos resultan de especial significación los siguientes: "Campesinos, luchas agrarias e historia social", ACHSC, No. 11, 1983; el libro *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia* (1994); y el polémico ensayo "Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana", ACHSC, No. 24, 1997. Siguiendo el panorama de su curiosidad historiográfica se ocupó de los aspectos teóricos y metodológicos de la historia económica y en general de la disciplina de la historia. Así mismo, trató los

problemas de la enseñanza y la formación de economistas, la historia y situación de la disciplina económica y el estado de la investigación en el país.

En 1986 se vinculó como asesor en del Consejero Presidencial para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación. Fue uno de los gestores del Plan Nacional de Rehabilitación. Desde entonces comenzó su trayectoria por el escenario de la vida pública. En 1990 fue nombrado Consejero de Paz y firmó los acuerdos con el P.R.T, el E.P.L. y el Quintín Lame. En 1991 adelantó los diálogos con las FARC en Caracas. Al romperse estos diálogos fue nombrado, en 1992, embajador de Colombia en El Salvador, país en el cual se acababa de firmar la paz con los movimientos guerrilleros. Aquí Bejarano, en representación de Colombia, formó parte del grupo de países amigos del proceso de paz de El Salvador. Posteriormente, fue nombrado embajador en Guatemala, cargo que ocupó entre 1993 y 1994. Habiendo retornado a Colombia se dedicó a sus labores docentes y académicas, actividad que interrumpió para asumir la Presidencia de la SAC en 1998, función que desempeñó hasta el 30 de junio de 1999. Paralelamente a esta trayectoria en la vida pública, Bejarano, un escritor prolífico, publicó una buena cantidad de trabajos, en los cuales abordó tres grandes temáticas: la situación del sector agropecuario, los problemas de la coyuntura económica y política, y las cuestiones de la violencia, los diálogos y la paz. De este modo, entre 1986 y 1999, publicó una decena de ensayos sobre temas agrarios (desarrollo agropecuario, crisis, efectos de la violencia, empleo, protección del agro, competitividad, etc.), un libro sobre *Economía de la agricultura* (1998) y un estudio en coautoría titulado *El desarrollo agropecuario en Colombia* (1990, tres volúmenes). En varios ensayos trató algunos aspectos de la situación económica y política (el desarrollo social, la corrupción, los efectos económicos de la crisis política, el neoliberalismo, violencia y crecimiento económico, etc.), y finalmente, en un libro *Agenda para la paz* (1995) y en una docena de ensayos se ocupó de los temas relacionados con la paz.

Además de la escritura sistemática que dio origen a los libros mencionados, es necesario subrayar que Bejarano fue un gustoso practicante del ensayo (cerca de un centenar entre ensayos y artículos). Esta forma de escritura le resultaba apropiada para sus inclinaciones a las búsquedas teóricas, a la formulación de hipótesis, al enunciado de paradigmas explicativos más allá de los datos empíricos, a las formulaciones críticas y a su participación en los debates. Quizás los mejores ensayos eran los históricos e historiográficos. Precisamente, en uno de sus últimos escritos historiográficos, publicado en 1997 con el título "Guía de perplejos", Bejarano volvía a mostrar su habilidad en la retórica del ensayo. Con base en una apreciable erudición hacía una serie de observaciones críticas sobre la historiografía colombiana, cuestionaba las tendencias más recientes de la investigación, se refería a los problemas de la disciplina y proponía algunas salidas; con ello inauguraba un debate que se encuentra abierto para los historiadores. En otro sentido, aunque nunca dejó de preocuparse por la historia, el ensayo citado podía verse, sin embargo, como el augurio de un retorno pleno a su oficio de historiador

y al mundo de la academia; para ello había concebido un gran proyecto de investigación histórica que él llamaba “El libro de las maravillas”, obra de la cual había escrito una primera parte y a la que esperaba dedicarse de lleno. Pero el vórtice de la violencia le arrebató para siempre esta nueva oportunidad de su destino inconcluso en la escritura de la historia.

Bernardo Tovar Zambrano

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia